

ANTE LA LLEGADA
Y OTROS POEMAS PROSAICOS

**ACADEMIA NORTEAMERICANA
DE LA LENGUA ESPAÑOLA
(ANLE)**

Junta Directiva

D. Gerardo Piña-Rosales
Director

D. Jorge I. Covarrubias
Secretario

D. Carlos E. Paldao
Censor

D. Emilio Bernal Labrada
Tesorero

D. Daniel R. Fernández
Coordinador de Información

D. Eduardo Lolo
Bibliotecario

D. Eugenio Chang-Rodríguez
Director del Boletín

*

Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)
618 Gateway Ave.
Valley Cottage, New York, 10989
U. S. A.

Correo electrónico: acadnorteamerica@aol.com
Sitio Institucional: www.anle.us

Carlos Mellizo

ANTE LA LLEGADA
Y OTROS POEMAS PROSAICOS



Colección Pulso Herido
Academia Norteamericana
de la Lengua Española
2018

Ante la llegada y otros poemas prosaicos

Carlos Mellizo

Colección *Pulso Herido*, N° 17

Nueva York: Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

© Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

© De los poemas Carlos Mellizo

© Del prólogo Juan Manuel Zuluaga Robledo

Primera Edición. 2018

ISBN: 978-0-9993817-6-2

Library of Congress Control Number: 2018951157

Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

618 Gateway Ave.

Valley Cottage, New York, 10989

U. S. A.

Correo electrónico: acadnorteamerica@aol.com

Sitio Institucional: www.anle.us

Ilustración de portada: Gerardo Piña-Rosales

Edición y supervisión: Carlos E. Paldao, Gerardo Piña-Rosales

Revisión Editorial: Stella Maris Colombo, Graciela S. Tomassini

Composición y diagramación: Pluma Alta

Impresión: The Country Press, Lakeville, MA 02347

Pedidos y suscripciones: acadnorteamerica@aol.com

La colección *Pulso Herido* está integrada por obras de naturaleza creativa en materia de narrativa, poesía, drama y ensayo, entre otros géneros, concebidas con calidad académica y orientadas a difundir el pensamiento y la creación en las distintas dimensiones de lo lingüístico, literario, socioeducativo y cultural del mundo hispánico, con el propósito de robustecer su profunda unidad. Las ideas, afirmaciones y opiniones expresadas en sus distintos volúmenes no son necesariamente las de la ANLE, de la Asociación de Academias de la Lengua Española ni de ninguno de sus integrantes. La responsabilidad de las mismas compete a sus autores.

Copyright © 2018 por ANLE. Todos los derechos reservados. Esta publicación no podrá ser reproducida, ni en un todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea fotoquímico, electrónico, magnético, mecánico, electroóptico, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States

Índice

Prólogo	11
Juan Manuel Zuluaga Robledo	
Arte poética	23
Tentación de escritor.....	25
Ante la llegada	27
Mi infancia.....	29
La Pérgola	31
Madrid ahora.....	33
Mi hermano	35
Estar solos	37
Del colegio.....	39
Del padre cayo	41
Del profesor de canto	43
Castelló 42.....	45
Fiestas de familia.....	47
Rumiar eterno	49
Elegía al dinosaurio	51
Fiestas de guardar	53
Ignorancia feliz.....	55

Cuando me hablan de niños en Nepal	57
Wyoming.....	59
Pescadores	63
El amigo.....	65
El error de Rousseau.....	67
Los ejecutivos	69
Momento catastrófico	71
Residencias de ancianos	73
Y del silencio.....	075
Semblanza	77

Prólogo

En sus años de retiro, Carlos Mellizo mantiene su mente creadora. Juega con las palabras, con el verso endecasílabo, con la melancolía. Producto de esa batalla con el papel en blanco, fue surgiendo en el período de un año el poemario *Ante la llegada y otros Poemas Prosaicos*. La voz lírica concebida por Mellizo confecciona su quehacer en medio de la soledad de Wyoming, contrastando su situación actual con la vida que dejó hace casi cincuenta años, con esa porción de su existencia que tuvo lugar en un Madrid oscuro y totalitario marcado por las consecuencias de la Guerra Civil. Desde un presente vivido en una región enorme, extraña y apenas habitada, el poeta traza líneas nostálgicas para recrear lo que fue el tiempo perdido, pero sin renunciar al Wyoming en el que ha transcurrido gran parte de su vida y donde han nacido sus hijos.

Ante la llegada es la primera incursión de Mellizo en el campo de la poesía. El autor ha realizado una rigurosa selección para llegar al mazo de composiciones que aquí se ofrecen al lector. ¿Por qué titularlas *poemas prosaicos*?

En general, lo prosaico puede tener dos acepciones. Significa “vulgar” o “insulso”, pero también puede utilizarse para indicar que una pieza ha sido escrita en prosa, o en un estilo próximo a ella. En el caso del presente poemario, el título está relacionado con esta segunda acepción. La poesía de Mellizo está emparentada con el movimiento representado por los poetas románti-

cos españoles de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, a los que la crítica denominó prosaicos. Anteriores en su poesía a los movimientos vanguardistas iniciados en España por los autores de la llamada Generación del 27, los prosaicos usaban la rima, el ritmo, la musicalidad. Respetaban las formas métricas tradicionales y había en sus poemas un cierto tono narrativo, cosas que han desaparecido casi totalmente de la poesía contemporánea, en la cual las voces poéticas expresan sus sentimientos desde el versolibrismo y describen su ser y su entorno, no según versificaciones establecidas, sino utilizando nuevos recursos estéticos y retóricos de corte exclusivista, sólo accesibles a minorías.

Carlos Mellizo vuelve a las maneras tradicionales de poetizar. Sus lectores encontrarán ecos y reminiscencias de aquellos mundos literarios propios de autores como José Zorrilla, José de Espronceda, Bécquer, Ramón de Campoamor y el Antonio Machado de *Campos de Castilla*, en lo que puedan tener de prosaicos algunos de sus poemas. El autor recurre a la rima asonante y al verso endecasílabo –también, en ocasiones, al heptasílabo y el octosílabo– para poetizar la historia de su vida. Son versos que, condicionados por las exigencias de la métrica, narran una experiencia determinada, un suceso concreto. No se trata de poemas herméticos difícilmente descifrables. La voz poética es aquí portadora de un lenguaje claro, directo, que, sin recurrir a metáforas aventuradas y tropos improbables, comunica con claridad sus evocaciones sin que por ello se le reste calidad a los efectos.

Los poemas aquí escogidos pueden clasificarse en tres grupos diferentes. Están, en primer lugar, aquéllos que hablan del arte de poetizar y del oficio de escribir; hay otros en los que, con un deje de nostalgia, el poeta, ahora en Wyoming, rememora su pasado en la Península Ibérica; y, por último, los poemas que vienen a ser reflexiones filosóficas sobre la condición humana, pensamientos desacralizadores del mundo católico y burgués en el que tuvo lugar la infancia del autor, observaciones de sesgo nihilista acerca de la existencia.

Es habitual en algunos autores incluir en sus poemarios Artes Poéticas —poemas que expresan su propuesta y criterio de lo que ha de ser la poesía. Carlos Mellizo abre su colección con su Arte Poética propia. Para Borges (“Arte Poética”, en *El hacedor*, 1960), la poesía es cíclica, va y vuelve como un eterno oleaje, es “inmortal y pobre”, y ante la ausencia de ideas originales, debe revelar el verdadero rostro del poeta y de las cosas, en medio de la realidad y los sueños. Para Vicente Huidobro (“Arte Poética” en *El espejo de agua*, 1916), el poeta debe actuar como un pequeño Dios, forjador de realidades nuevas y mundos nunca conocidos. Siguiendo las ideas borgeanas, para Mellizo, como leemos en su “Arte Poética”, la poesía se entiende como un procedimiento estético con el que se quiere llegar también a la verdad honda de las cosas. En oposición al creacionismo de Huidobro, para nuestro poeta el esteticismo no tiene mucha razón de ser y carece de valor permanente. En el poema inicial que abre la presente colección se renuncia a todo esteticismo sofisticado, se desea llegar a la verdad del orbe en el que discurre la vida del poeta, y ello de una manera clara, directa y prosaica. Es un acto lento, solitario, pausado. Puede surgir un día, para desaparecer al día siguiente por falta de inspiración.

En “Tentación de escritor”, el poeta reflexiona sobre su oficio. ¿Qué sentido tiene escribir y leer en esta etapa de su vida? A veces resulta preferible contemplar el cosmos, llevar una existencia sosegada, sin aventuras literarias de ningún tipo. La experiencia poética, al igual que la actividad amorosa, no es una actividad nueva, única. Ambas responden a hábitos ya sabidos, practicados por el género humano desde tiempos inmemoriales. Son inherentes a la condición humana. Es la eterna pregunta de escritores y enamorados: ¿Es válida su experiencia, al no ser original y al haber sido experimentada por millones de seres humanos? La voz poética indaga sobre el propósito de escribir cuando lo narrado ha sido ya descrito infinitamente por otros. Pero es entonces, en medio de esa vida contemplativa y colmada de interrogantes, cuando surge de nuevo la tentación de volver tomar el lápiz y plasmar ideas en el papel.

Luego irán irrumpiendo los poemas dedicados al recuerdo. En “Mi infancia” discurren las imágenes contrastadas de un niño que habita en el seno de una familia madrileña privilegiada, rodeada de un espacio empobrecido durante los años del hambre posteriores a la finalización de la Guerra Civil. El poeta confronta el ambiente burgués familiar al que perteneció, con la sumisión, obediencia e inferioridad de las empleadas domésticas del hogar. Puede observarse en el poema una crítica implícita a una situación injusta, en la que la familia no padece las necesidades que sufren quienes están a su alrededor, y un sentimiento de culpa frente a la desigualdad socio-económica entre vencedores y vencidos.

Ese mismo sentimiento también está presente en “*La Pérgola*”, pero en este caso la culpa opera desde un ámbito más complejo. El autor no vivió la contienda que sacudió a España entre 1936 y 1939. La culpa se cierne, pues, sobre las generaciones enfrascadas en la lucha. El hecho de comunicarla es un mecanismo de catarsis, una depuración de sí mismo, una suerte de purgatorio en el que el poeta queda más limpio al confesarse ante el lector. La quinta veraniega llamada *La Pérgola* es un símbolo del poder de los triunfadores derechistas de la pugna, sobre los derrotados republicanos; un espacio real, pero absurdo al mismo tiempo, fuera de lugar. Mellizo reconstruye esa *Pérgola* ubicada en un pueblo de la sierra de Guadarrama, región golpeada por los fragores del combate. Un lugar majestuoso, propiedad de los vencedores, situado en el corazón mismo de la paupérrima aldea. Su presencia allí resultaba disparatada. Estaba rodeada de pobreza y de gentes miserables que habían perdido la guerra. No tenía sentido que estuviese allí. Quizá hubiera resultado menos absurda si se hubiese construido en la zona residencial, donde estaban las demás quintas de verano de las clases pudientes, en las afueras. Pero *La Pérgola* estaba en el centro del pueblo, y en ella los niños pudientes jugaban sin descanso.

En “Fiestas de familia” surge la figura del padre, no como vencedor, sino como vencido —en este caso por las circunstancias. El poeta recuerda al progenitor, vencido ideológicamente en la

contienda, animando las fiestas familiares sentado al piano, teclando alegres compases. Los hijos lo acompañan en su soledad, en su derrota. Las fiestas familiares se presentan como un paréntesis feliz en medio de las contrariedades y sufrimientos cotidianos: enfermedades, apuros económicos, posibles infidelidades. El tiempo se detiene y todos hacen por ignorar, guiados por el padre, el horror circundante.

“Castelló 42” retrata la casa de la infancia del poeta. Era un edificio de pisos en el tradicional barrio madrileño de Salamanca – entonces uno de los bastiones de la alta burguesía española. En este caso, la voz poética deja fuera el contexto social de aquella vivienda y fija su atención en lo que había en ella de íntimo y familiar, tratando de conservar las notas entrañables del hogar primero. Es algo que siempre pertenecerá al autor y no caerá en el terreno del olvido, quedando fijado en su mente creadora. Se evidencia en el poema una paradoja existencial: la combinación de tristeza y alegría, de miedo y de ternura, sentimientos constantes en la infancia de todos nosotros.

En este poemario se describe también la vida escolar en los tiempos del franquismo. “Del colegio”, “Del Padre Cayo”, “Del profesor de canto” y “Rumiarse eterno” son creaciones en las que se rememora el ambiente normativo y conservador de la institución católica donde se educó el autor. En estos versos tiene lugar la recreación literaria de personajes memorables de aquel entorno, tanto de hombres como de animales –como aquellos conejos que rumiaban verduras sin cesar y filosofaban intentando descubrir la verdad honda de las cosas. En su recreación poética, cobran nueva vida personajes de carne y hueso: el sacerdote que les enseñaba, al cual no le quedó otro remedio que pertenecer a su orden religiosa para obtener así el sustento diario, o el profesor de música y canto, de los que perdieron la guerra, que laboraba en el colegio para poder ganarse de este modo unas pesetas. Gran pianista de agudo talento musical, habría llenado salas de conciertos si su suerte hubiera sido otra.

No han de olvidarse los poemas en los que se reflexiona sobre el fin. En “Ante la llegada”, poema que da título al libro, el bardo

advierde la aproximación de la muerte y vive una experiencia nunca afrontada: la vejez. Puede percibirse en estos versos un sentimiento de resignación ante lo poco que le queda de vida. Pero, a fin de cuentas, para el poeta el balance es positivo cuando se examinan todas las etapas por él vividas, incluida la edad otoñal. Hay aquí una invitación a sus descendientes para que éstos sigan adelante con sus propios proyectos cuando él haya cumplido con su viaje, su ciclo haya concluído, y esté ya a punto de arribar a un lugar indeterminado después del último trance. Ha sido éste un tema abordado por infinidad de autores, pero subjetivamente es para él una experiencia nueva y personal. Se recurre aquí a la figura del círculo, similar a los laberintos que Borges utilizaba en algunos de sus cuentos: cerrado, sin salida, sin escapatoria. Es el eterno retorno en el que todo vuelve a ser igual.

En el poema “Estar solos” está presente una suerte de agnosticismo frente a cualquier tipo de fe sobrenatural que permita tener plena confianza en un más allá después de la muerte. En el poema hay una ausencia total de Dios. Llega el fin de la jornada, de la brega; cae la noche, y el consuelo espiritual no se siente: Dios está ausente, no acompaña. Y cuando desaparece esta noción, al poeta le invade una absoluta sensación de soledad, y cree ser absorbido por la nada.

“Fiestas de guardar” desacraliza los ritos religiosos del catolicismo. Según siente el poeta en la soledad del campo, podrá darse un retorno a lo espiritual, una posibilidad de comunicación con algo divino. Pero no habrá una vuelta al rito. Para él, las liturgias, sacramentos y actos religiosos perdieron su sentido hace ya mucho tiempo. En “El amigo” se reitera esta imposibilidad de practicar nuevamente los ritos, y el poeta plantea la opción de sostener una conversación personal, íntima con esa potencia sobrenatural, pero sin practicar cultos, ceremonias y solemnidades. Sólo desea un diálogo lento, sin prisa, en el que la deidad le explique cómo ve las cosas, y en el que la voz lírica le cuente cómo ella las percibe.

También de corte existencial es el poema titulado “Ignorancia feliz”. Se trata de una curiosa propuesta: frente a la pérdida de los seres queridos, ante ese interrogante que aguarda a los morta-

les después del fin, es preciso vivir en un alegre desconocimiento. El poeta sugiere la alternativa de acogerse a la ignorancia como modo de salvación, en clara conexión con la premisa de Blaise Pascal, es preciso embrutecerse. Se hace imperativo entorpecerse y no darse cuenta de lo que está pasando.

“Cuando me hablan de niños en Nepal” presenta un inventario de tragedias, tanto naturales como provocadas, sucedidas en países de marcada pobreza. El problema a resolver es el de la indiferencia ante esos cataclismos. Puede ser la indolencia de los seres humanos que no se apresuran a auxiliar a sus semejantes, o puede ser también la impasibilidad divina frente al sufrimiento de las víctimas. En estos versos se remarca la idea de que no hay nadie que se preocupe –ni dioses, ni hombres– por los que padecen.

“Madrid ahora” le permite al poeta contrastar la capital española –aquella que abandonó 50 años atrás, oscura y vigilada– con la urbe cosmopolita y moderna de la Unión Europea que hoy es Madrid, y que él de cuando en cuando visita desde los Estados Unidos. La voz poética, después de estar alejada durante tantos años en una realidad tan diferente, en suelo norteamericano, y luego de tantos cambios sociales y políticos, llega a visitar su ciudad de origen y no se identifica con ella. Los referentes urbanos siguen ahí: La Cibeles, la Plaza de Neptuno, El Retiro, La Gran Vía. Sin embargo, el poeta se siente desplazado y tiene esa misma impresión que muchos emigrantes notan cuando están alejados mucho tiempo de sus ciudades de origen y regresan a ellas.

“Elegía al dinosaurio” es un canto fúnebre al gran lagarto, pero también es una crítica al poder sin límites. Medita sobre la imagen tradicional que se ha edificado sobre ese animal prehistórico: un ser descomunal e invencible, que no tenía rivales que pudieran competir con él. Su poderío es tan inconmensurable, que termina aniquilándose a sí mismo. Su supremacía lo hace sentirse solo, ya que no tiene con quién comunicarse. En el poema, tal representación viene a ser una metáfora de esos políticos y dictadores que llegan a una posición de autoridad en la que, tarde o temprano, se sienten solos. El dinosaurio concentra en sus manos

tanto poder, que ya nadie puede deshacerse de él, y el único modo que tiene de liberarse de su soledad es mediante el suicidio. El dinosaurio se suicida, y su desaparición es su libertad.

En “Wyoming” se lucubra sobre las particularidades geográficas, naturales y geoestratégicas –estas últimas, idóneas para los fines disuasivos nucleares del gobierno en Washington–, que hacen de ese Estado de la Unión un lugar único e irrepetible. Residir durante tantos años allí era algo que ya estaba escrito en la vida del vate. Para bien o para mal, Wyoming es una realidad que está ahí, con la que tendrá que contar siempre. En estos versos no hay sentimientos de desesperación ni de disgusto. Es un reconocimiento final y poético del destino que la vida le tenía reservado. En las estrofas finales, a Carlos Mellizo le entra la tentación de pensar que quizá hubiera sido mejor vivir de otra manera y no abandonar el barrio madrileño de Salamanca donde nació. Pero en seguida abandona esa idea.

“El error de Rousseau” es un breve poema sarcástico acerca de ese ideal filosófico que afirma que los seres humanos fueron originalmente buenos y fiables –máxima que ha sido acogida por muchos en las sociedades democráticas contemporáneas. Sirviéndose de la ironía, Mellizo hace una crítica revisionista de ese ideal rousseauiano y nos presenta una concepción opuesta de la condición humana, según la cual la idea del buen salvaje es tan sólo un mito que carece de fundamento real. Lo que el poeta sugiere es que, de hecho, en el principio de los tiempos los hombres vivieron una existencia triste, cruel y corta. Se exterminaron los unos a los otros. Sólo mediante el proceso impuesto por las exigencias de la civilización, ésta ha ido introduciendo lentas mejoras en la humanidad.

En el poema titulado “Los ejecutivos” se hace patente un movimiento poético de intertextualidad y conexión filosófica con algunas propuestas morales de David Hume, autor muy estudiado por Mellizo. Para el pensador escocés, el peor vicio en el que pueden incurrir los hombres es la avaricia en todas sus manifestaciones: en el deseo de acaparar dinero, poder, placeres, etcétera. Este defecto de la acaparación sin límites se hace evidente en la

figura de los ejecutivos de nuestro tiempo. La voz poética representa toda una tipología de personas así, con las que el autor se ve forzado a convivir. La irrupción de estos personajes en el ámbito vital del poeta se manifiesta con mayor intensidad en las grandes ciudades. Es allí donde entra en colisión con ellos: políticos, banqueros, empresarios, gentes que quizá tengan bajo su control naciones enteras, pero que son al mismo tiempo esclavas de su propia ambición. No sería descabellado ver estos personajes representados en la figura de Gordon Gekko, cuando en el film *Wall Street* (1987), de Oliver Stone, afirma en medio de un acalorado discurso: “La codicia es buena”. El personaje (Michael Douglas en la película) es partidario de utilizar esa codicia maquiavélicamente, al considerarla necesaria para el desarrollo del sistema financiero y el mercado de valores estadounidense de los pasados años 80. Una máxima, la suya, que contraviene el pensamiento de Hume y de Mellizo; un principio de la real politik que el poeta aporrea sin conmiseración en esta pieza construida sobre un trasfondo de humor y de sarcasmo. En los versos finales, el lector puede ver una alusión directa a la obra del filósofo escocés. A modo de conclusión, la voz poética nos comunica concisamente su sentimiento de repulsión hacia la avaricia, la ambición y la codicia de estos ejecutivos, sin albergar el menor temor o respeto hacia ellos.

“Momento catastrófico” alude a un episodio de depresión mental. Mellizo nos ofrece aquí otra creación poética nihilista en la que nada parece tener sentido. Todo esfuerzo nos resulta inútil en los momentos depresivos. A eso apuntan sus versos. Se trata de un intento por definir lo que puede ser este padecimiento emocional.

En cuanto a “Residencias de ancianos”, no se nos presenta en el poema una crítica contra la institución misma de los asilos. En medio de la tragedia que supone vivir en un lugar de ese tipo, se sugiere la idea de que es lo menos grave que le puede suceder a una persona mayor, menos terrible que la soledad en la propia casa, sin comunicación con nadie. Para el poeta, la llegada de la edad propecta es un momento horroroso, condición que se hace más palmaria en estas residencias. En los versos finales concluye

el autor su meditación sugiriendo que la muerte es preferible a la vejez. A la hora de elegir sabiamente, cree que la defunción es más humanitaria y caritativa que prolongar una existencia de quebrantos y achaques, carente de sentido.

Con el soneto titulado “Y del silencio” se cierra la colección. Este poema comunica la idea del silencio como última defensa y salvación. Es la fortaleza final en la que podemos refugiarnos cuando ya no nos es posible decir más cosas. De ahora en adelante la voz poética deberá callar la boca y se acogerá a la tutela y protección del silencio. Múltiples voces altisonantes agreden al poeta, y éste, indiferente, opta por el mutismo. A la palabra agitada responde con la nada. Hierde la palabra del otro con una respuesta silenciosa, con una nada hostil sirviéndose de la cual se niega a que abusen más de su integridad.

En la soledad silenciosa de Wyoming, Carlos Mellizo ha construido su vida, y allí, en un retiro apacible y por suerte para nosotros, vieron la luz estos poemas prosaicos que ahora se ofrecen al lector.

Juan Manuel Zuluaga Robledo
University of Missouri

Arte poética

Un poema a la vez,
y poco a poco.
Un verso, una palabra un día,
nada otro.
Ir acercándose a solas y con tiento
a la verdad de todo.
Saber que una poesía
es el modo insólito
de taladrar en el suelo cotidiano
profundos pozos.

Tentación de escritor

¿*P*ara qué escribir más? Todo está dicho.
Apenas queda tiempo de pensar
y no tiene sentido tanto libro.
Es hora de vivir y cavilar,
de leer poco, poco, lo más mínimo;
de contemplar el ritmo de las cosas
sin registrar ya nada por escrito;
de mantenerse a solas, en silencio,
sepultándose dentro de uno mismo.

Ante la llegada

Como tenemos conciencia de llegar,
de estar rozando el límite previsto
y haber gastado un tiempo irremisible
que a todos los efectos se ha perdido;
como de cuando en cuando pasan cosas
que, al ser en su verdad como un aviso,
nos ponen en la justa perspectiva
y nos dejan mirar en lo más íntimo;
como yo, con los años, envejezco
y ya sólo hablo solo o con mis hijos,
a ellos (y a mí) les digo que de acuerdo,
que bien todo, que bueno, que magnífico,
que me quede yo atrás y sigan ellos
conforme a lo mandado y lo prescrito;
que todo sea simple y natural,
redondo y claro como un círculo:
sin salida, perfecto y sin salida,
monótono, cerrado y definido,
constante y presumible sucesión
de puntos suspensivos.

Mi infancia

*P*or mucho que queramos disfrazarlo,
la realidad escueta y verdadera
es que mi infancia fue, y así lo digo,
adinerada, católica y burguesa.
No faltó lo esencial ni lo superfluo
en los talegos de nuestra despensa,
hubo calefacción en el invierno
y tuvimos doncella y cocinera.
Soledad, de uniforme y delantal,
retiraba los platos de la mesa
y cumplía en silencio responsable
sus mil obligaciones de sirvienta.
La que guisaba era Florentina,
miope, manirrota, ventanera.
Ambas de la provincia de Toledo,
ambas sin porvenir, analfabetas,
condenadas a eterna esclavitud
de ignorantes mujeres indefensas.
Eso tuvimos, y todo lo demás
que es propio de una cómoda existencia.
Sería más correcto y literario
decir que me crié de otra manera,
pero lo cierto es que nada nos faltó,
y no vivimos tiempos de pobreza
cuando en España la enorme multitud

sufría melancólica y hambrienta.
Así fueron mis días infantiles
en el Madrid sombrío de posguerra.

La Pérgola

La Pérgola era una quinta sin sentido,
construida en medio de la aldea,
con un jardín de muros insalvables
y un gran porche aromado de violetas.
Era una casa absurda, entristecida
por los negros recuerdos de la guerra,
una guerra de ricos contra pobres,
en la que habían ganado las derechas.
La Pérgola era bastión de vencedores.
Los vencidos se habían quedado fuera
y pasaban sus días condenados
al fantasma del miedo y la miseria,
sin esperar ya nada de la vida,
como no fuese el riesgo de perderla.
En los pueblos cercanos a Madrid
se habían dado fraternas y sangrientas
batallas de fascistas contra rojos.
Todavía quedaban bayonetas
perdidas en el campo, entre las matas,
y casquillos de bala en la maleza.
Mi padre trajo un día de Brunete
un regalo a los niños de *La Pérgola*:
un casco “nacional”, hecho de hierro,
al que todos prestamos reverencia
pues era testimonio de una lucha

que se libró sin lástima y sin tregua.
Los niños no la habíamos vivido,
y por eso la culpa no era nuestra.
Mas por guerras así veraneábamos
en los vastos jardines de *La Pérgola*;
por cascos como aquél podíamos ahora,
en la noche magnífica y serena,
contemplar sobre el cielo inmaculado
el brillante lucir de las estrellas.

Madrid ahora

*V*olver al hoyo es regresar al nido,
aunque España no sea ya la misma.
Ir a Madrid es entrar en un pasado
que subsiste en perpetua lejanía,
y recordar con miedo y con nostalgia
lo que ahora parece de mentira:
aquel Madrid sombrío y horroroso,
importador de carne de Argentina,
aquel Madrid escuálido y oscuro
plagado de fusiles y cartillas,
una ciudad de hambrientos y de guardias
habitada por gente envilecida,
por legiones de pálidos mendigos
que imploraban limosna en las esquinas.

Madrid es otra cosa en estos tiempos,
mejor, probablemente, que la antigua.
Es un Madrid más libre y europeo
que a mí, cuando regreso, me despista.
¡Y pensar que lo mismo que ahora veo
es también lo que entonces se veía!
La Cibeles, la Plaza de Neptuno,
El Retiro, Palacio, la Gran Vía,
testigos oculares que en silencio

contemplaron los cambios de la villa,
alteraciones causadas por los saltos
y el constante vaivén de la política.
Coronaciones, desfiles, atentados,
alzamientos, proclamas, amnistías...
Vuelvo a Madrid y me siento confundido.
Madrid, tan agnóstica y distinta,
para mí como un foco inextinguible
que a un tiempo me enceguece y me ilumina.

Mi hermano

*A*hora que pasa el tiempo más despacio
y que tiene más sitio la memoria,
me acuerdo con frecuencia de mi hermano.
No hay normas fijas para hacer que venga,
se me aparece sin motivos claros.
De pronto resucita de la muerte
que nos lo arrebató hace tantos años,
y vuelve para estarse con nosotros
y conversar de sus asuntos clásicos:
Bola de Nieve, los versos de Walt Whitman,
un relato de Borges o de Sábato,
tal o cual episodio de su invento,
generalmente insólito y fantástico;
historias de viajes y de tenis,
cuentos de desenlace inesperado.
Sorprender, asombrar, dar aire nuevo
al existir ramplón y chabacano
que todos padecemos cada día
por el hecho de haber nacido humanos.
Siempre quiso Felipe ser distinto,
diferente en lo bueno y en lo malo.
Felipe tan simpático y alegre;
Felipe tan sombrío y tan amargo.

No hay razón que lo explique, como digo,
pero me acuerdo mucho de mi hermano.
De pronto, sin anuncio, me visita
y aquí lo tengo, vivo y a mi lado,
lo mismo que si fuese de verdad
y de verdad estuviésemos hablando.

Estar solos

*M*ás tarde o más temprano descubrimos
que nuestra vida es vida abandonada,
y que las alegrías del principio
sólo fueron engaños de la infancia.
Es falso lo que entonces nos decían.
Todos formamos parte de una trama
en la que cada cual se encuentra a solas,
y a solas debe proseguir su marcha.
¡Qué bien si en algún punto del camino
Dios hubiese acudido a la llamada
para dar dirección a nuestros pasos!
¡Cuánta dicha si un Ángel de la Guarda
nos hubiera llevado de la mano,
lejos de toda senda equivocada!
¡Qué bendición si allende las estrellas
tuviese nuestro Padre su morada
y desde allí, solícito y atento,
nos mandara señales de esperanza
que fuesen generosas, verdaderas,
alegres, inequívocas y claras!
Pero hemos aguardado mucho tiempo,
y no han llegado aún esas palabras
capaces de dar norte a la existencia
y de llenar de gozo nuestras almas.
Es, sin duda, la idea de estar solos

la que más hondamente nos amarga,
y por eso buscamos sin descanso
soluciones que puedan ahuyentarla,
cualquier cosa, con tal de no sufrir
el horror solitario ante la nada,
la desdicha de ver que el desamparo
es el rasgo esencial de nuestra casta,
y que en eso consiste, a fin de cuentas,
la condición humana.

Del colegio

Era entonces difícil darse cuenta
del sentido final de aquella vida
de pupitres, lecciones y novenas.
Todo nos resultaba tan normal,
y las cosas tan claras y tan ciertas.
Andar de dos en fondo por pasillos
de enormes ventanales y losetas
era para nosotros el destino
de una existencia lógica y burguesa,
lo mismo que vestir camisa blanca
y grises pantalones de franela;
igual que dar la mano a los maestros,
tanto con ocasión como sin ella,
o recibir en punto, cada viernes,
boletines de notas y asistencias...

No hace falta seguir citando ejemplos
de cómo era la vida en nuestra escuela.
Sin duda fueron años memorables
los de aquella perdida adolescencia.
Revivirlos produce un sentimiento
que en mucho se parece a la tristeza,
pero también se siente al recordarlos
después de tanto tiempo y tantas penas,

la alegría de haber sido inocentes,
aunque pronto muriese la inocencia.

Del padre Cayo

Era el mío un colegio-catedral
de ojivales montantes y ventanas
cuyas vidrieras rojas y amarillas
teñían de colores la luz blanca.
Un olor a vinagre y a lejía
soltaban los pasillos y las aulas;
por aquéllos marchábamos en fila,
en éstas escuchábamos las largas
lecciones que impartía el Padre Cayo,
el cura más antiguo de la casa.
Abrazó la carrera religiosa
para así dedicarse a la enseñanza
y conseguirse el pan de cada día
de una forma segura y eclesiástica.
Con su docente y sacro ministerio
no le quedaba tiempo para nada.
Imposible pensar en otras cosas,
fuera de sus tareas cotidianas:
las clases de latín para los niños,
confesiones, bautismos, misas, pláticas...
No era mala persona el Padre Cayo,
siempre con sus librotes y sus gafas,
aquellas proverbiales gafas suyas
circulares, espesas y metálicas.
Sesentón, corpulento, encarcelado

en la negra prisión de su sotana.
No era el tipo frailuno en absoluto.
Aunque tal vez él mismo lo ignorara,
su sitio estaba afuera, al aire libre,
entre aromas agrestes de montaña.
Siempre pensé que César y Salustio
eran como una fuga, una escapada
que liberaba a Cayo del horror
en que diariamente agonizaba.
Traduciendo sentencias del latín
y explicando lecciones de gramática
anestesiaba un poco el sufrimiento
de su pobre existencia equivocada.

Del profesor de canto

Eran coplas, romanzas, villancicos,
madrigales, motetes y baladas
de un pasado perdido que don Ángel
con alegre fervor resucitaba.
Artista fracasado, solitario,
su amor era la música de España.
Nos hacía cantar, codo con codo,
haciendo frente a una tarima alta
donde había un piano vertical
de teclas amarillas y gastadas,
dos atriles, un viejo saxofón
y una muda guitarra milenaria.
Este don Ángel no era religioso,
no era miembro del claustro de la casa;
venía a darnos clase desde fuera
y era poco el dinero que ganaba.
Es difícil saber por qué motivos
nunca don Ángel alcanzó la fama.
Parece que en los años de la guerra
militó en la facción republicana
—demócrata de izquierdas, por decirlo
de una manera breve y esquemática—,
y que luego lo habían marginado,
no pudiendo escalar cimas más altas.
¡Pobre don Ángel! Pianista de talento,

sus acordes a mí me fascinaban.
Todavía recuerdo aquellas notas
y su virtud reveladora y mágica.

Castelló 42

*E*ra una mezcla de calor y frío,
una como tristeza y alegría
lo que irradiaba aquel hogar perdido
en los años primeros de mi vida.
Ahora que lo recuerdo, me parece
que todo sigue intacto todavía:
el abuelo, la abuela, mis hermanos,
Sole y Flora cantando en la cocina
para olvidar las penas y dolores
de su pobre existencia sometida.
Veo también la sala del piano,
una sala pequeña donde había
un cuadro de Beethoven, un tresillo
y una alfombra de flores amarillas.
El piano, herencia de otro abuelo,
no sonaba muy bien, pero traía
un aire misterioso de otros tiempos,
un sereno recuerdo de otros días.
Y luego observo el cuarto de visillos,
las butacas redondas, la cortina
que mi madre cerraba en el verano
para guardar del sol la estantería
donde estaban los libros, las figuras
y dos o tres retratos de familia;
y el pasillo derecho y encerado
que a la luz matinal resplandecía;

y los tres dormitorios silenciosos;
y la terraza de donde se veían
los rojizos tejados de Madrid
bajo un cielo de azul y golondrinas.

Era una mezcla de calor y frío,
una como tristeza y alegría
lo que irradiaba aquel hogar perdido
en los años primeros de mi vida.
Ahora que lo recuerdo, me parece
que todo sigue intacto todavía.

Fiestas de familia

*M*e pongo a hacer recuento de los tiempos
que han calado más hondo en mi memoria,
y sin saber por qué, siempre recuerdo
los mismos días y las mismas horas:
aquellas largas fiestas de familia
junto al viejo piano de caoba
que mi padre tocaba alegremente
purificando el aire con sus notas.
Casi nada iba bien entre nosotros.
Sin resolver estaban tantas cosas,
que a nadie que gozase de buen juicio
le habría sido posible ocultar todas.
Mas los del clan sabíamos cómo hacerlo,
cómo esconder las penas en las sombras.
Mi padre, mi buen padre, el gran vencido,
alzaba la bandera de la gloria,
aporreando en las teclas del piano
los compases de un tango o de una jota,
y todos le seguíamos leales,
hijos de su virtud reveladora,
contentos de poder librarlo a él
(sin él saberlo) de su andar a solas.
Chicos y grandes, drogados por la risa,
sonábamos carracas y zambombas;
chicos y grandes, heridos por el miedo,

hacíamos por huir de la derrota,
marchando tras el pobre abanderado
que nos mostraba la luz de su victoria.

Rumiar eterno

En un rincón lejano del jardín,
junto a la tapia de adobe y de granito,
en jaulones de alambre y de madera
los conejos cumplían su destino.
¡Oh, aquel rumiar monótono, incesante,
de cebollas, patatas y pepinos!
Era como si nada interrumpiera
su marcha inexorable al infinito,
como si fuese eterna la faena
de aquellos insaciables leporinos:
rumiar, rumiar, rumiar verdura fresca
bajo la azul mirada de los niños.

¿Qué verdades querrían descubrir
aquellos animales en su nido?
¿Qué horizontes ocultos y lejanos
pretenderían vislumbrar, perdidos?
Filósofos sin toga ni birrete,
meditaban con aires metafísicos,
no alcanzando jamás una respuesta
una salida del negro laberinto.
Así rumiaban todos, meditando
como si de verdad estuvieran vivos
y no fuesen tan sólo sombras muertas
sumidas en un mundo de delirios.

Elegía al dinosaurio

*M*onumento de garras y de dientes,
cansado de crecer y de mandar
en un mundo de cieno y de calores.
Recia torre de lánguido mirar,
condenada a un vivir interminable.
Dinosaurio invencible que, al pisar,
labraba con sus zarpas en la tierra
abismos de tristeza y soledad.
Y de pronto, la chispa redentora,
la decisión que vino a culminar,
en acuerdo magnífico y unánime,
su vida melancólica y brutal.
Se borró el gran lagarto del planeta;
cumpliose aquel deseo de escapar,
hallando en su exterminio colectivo
la senda hacia la eterna libertad.

Fiestas de guardar

En lugar de ir a misa los domingos,
se me ha ocurrido subir a la montaña;
en lugar del sermón y de los kyries,
escuchar la canción de las cascadas,
el constante rumor de la espesura
y el cristalino discurrir del agua.
Y en vez de oler el humo de las velas,
respirar el aroma de las plantas.
He preferido el canto de los pájaros
al soniquete gris de las beatas.
Al turbio dios de mitras y casullas,
he antepuesto el gran dios de las quebradas,
el dios azul de inmensos horizontes,
el blanco dios de nubes y nevadas,
el dios verde de bosques y praderas,
el claro y rojo dios de las mañanas.

Si hay algo que aún venero del pasado
católico romano de mi infancia,
es la paz y el sosiego que, a la tarde,
producía el tañer de las campanas.
Lo demás se ha perdido con el tiempo.
Lo demás, con el tiempo, ya no es nada.

Ignorancia feliz

No saber que tenemos que dejar
a los seres queridos cuya ausencia
nos resulta imposible concebir
sin que nos aniquile la tristeza;
no saber que tenemos que morir,
sería para nosotros una fiesta.
Andar nuestros caminos, ignorantes
del trágico fin que nos espera,
sin saber que es la nada lo que aguarda
y que marchamos en pos de su bandera;
ignorar que venimos a este mundo
predestinados a pisar las huellas
de quien nace a un oscuro laberinto
y a una eterna pregunta sin respuesta,
daría mayor sentido a nuestra vida,
más calor y alegría a la existencia.

Cuando me hablan de niños en Nepal

Cuando me hablan de niños en Nepal,
hambrientos en su inmensa mayoría,
sepultados a causa de un seísmo
que ha hecho millares de inocentes víctimas;
cuando leo que bruscos terremotos
han desolado el norte de la India
y han perecido en ellos muchedumbres
que un desenlace así no merecían;
cuando me entero del daño que un volcán
ha causado en los altos de Bolivia
segando con su lava incandescente
tantas legiones de indefensas vidas,
o me dicen que sirios y africanos
se han ahogado en los mares de Turquía,
o la radio me advierte puntualmente
que en Nigeria el ébola extermina
a una nación entera, inexorable,
arrasando su vasta geografía...
Cuando reparo en todas estas cosas
y en muchas más que mencionar podría,
me invaden la tristeza y el encono,
siento que las entrañas se me agitan
al pensar que no hay nadie que remedie
el dolor de este mundo y sus heridas.

Wyoming

Quiero halarles hoy a ustedes
del lugar donde yo vivo,
de la patria americana
donde nacieron mis hijos.
Llegué de España en avión,
y aterricé en este sitio
después de cruzar gran parte
de los Estados Unidos.
Aquí he vivido mi vida,
aquí es donde he envejecido.
El invierno de Wyoming
es largo, nuboso y frío,
pero el verano, aunque corto,
es luminoso y fresquito.
Abundan percas y truchas
en los lagos y en los ríos,
y es el número de antílopes
prácticamente infinito.
Coyotes los hay también,
que, a la noche, con aullidos,
asustan a las ovejas
y las matan a mordiscos.
Entre la verde espesura
de álamos, jaras y pinos,
robles, acacias y chopos,

corren los ciervos a brincos;
y surcando el cielo azul,
vuelan halcones y mirlos.

Preciso es reconocer
que es Wyoming muy bonito
y que tiene un especial
y poderoso atractivo.
Una causa de su encanto
es que está casi vacío
de habitantes y de pueblos,
y que no hay aquí bullicio.
Reina el silencio del campo
y apenas si se oye un ruido,
con la única excepción
del tren de la Unión Pacífico
que motea el horizonte
de vagones amarillos.
Transporta aceite y carbón,
y se anuncia con silbidos
que se escuchan a lo lejos
como si fueran relinchos.
El parque de Yellowstone
es admirable y magnífico
ejemplo de lo que debe
ser un parque de este tipo.
Por sus vastas dimensiones,
por sus quebradas y abismos,
y por la fauna diversa
que en él vive desde antiguo,
carece de parangón
en el mundo conocido.
Allí está *Inspiration Point*,
un mirador de granito
desde el que puede observarse,
deslizándose entre riscos,
una inmensa catarata

que parece de alumnio
y que cae majestuosa
sobre un hondo precipicio.
Quietas lagunas sin fondo
bajo los nevados picos
reflejan en su cristal
el algodón de los cirros,
y es todo lo que se ve
réplica del Paraíso.

Otra cosa de Wyoming
es que hay por aquí escondidos
en lugares subterráneos
numerosísimos silos,
no de trigo ni cebada,
sino de cohetes mortíferos,
con cabezas nucleares
todos ellos bien provistos.
Uno solo bastaría
de estos misiles malditos
para borrar del Planeta
a todos los que vivimos.
¡Mala suerte que a Wyoming
lo haya el Gobierno escogido
de miedoso polvorín
para sus fines políticos!

Sólo me resta decir
como colofón o epílogo,
que el que yo resida aquí
estaba escrito en los libros,
y que vano es el empeño
de luchar contra el destino.
A veces, cuando estoy solo,
me acuerdo del Buen Retiro,
de las calles de Madrid,

de familiares y amigos.
Hasta me da por pensar
que no debí haberme ido
del barrio de Salamanca
donde corrí cuando chico.
Pero luego, con más calma,
recapacito y me digo
que ha sido buena la vida
que en Wyoming he vivido,
aunque España para mí
jamás muera en el olvido.

Pescadores

A Carlos Jr.

Son hombres y mujeres sin destino,
vagabundos perdidos sobre el agua,
que han buscado en los lagos de Wyoming
un refugio a su falta de esperanza.
Probando suerte al filo de la aurora,
se los ve solitarios en sus barcas,
ya sin fe en las promesas de la vida,
aferrados al mango de una caña
de la que pende un hilo vacilante
que la brisa menea en la mañana.
Desde lejos parecen esculturas,
inmóviles cabezas asentadas
en hieráticos torsos, insensibles
al frío amanecer de la montaña.
Así matan el tiempo, en lenta espera,
aguardando callados la picada
que los despierte del lóbrego letargo
que adormece sus cuerpos y sus almas.
Y cuando el gran milagro se realiza
y la boca del pez el cebo alcanza,
rompe el silencio un grito de alegría
que retumba por lomas y vaguadas,
y el pescador levanta ilusionado
la trucha revoltosa y desahuciada.

El amigo

Yo quiero ser amigo del Amado,
de un gran Dios bondadoso y compasivo
que comprenda mi miedo solitario;
de un Dios indiferente a ceremonias,
a procesiones, músicas y cánticos;
al oro de custodias y patenas,
y a la plata de cálices y báculos;
al humo del incienso y de las velas,
y al rumor de plegarias y rosarios.
Pero que oiga mi voz cuando le diga
que precisamos conversar despacio.

El error de Rousseau

*N*o es verdad que seamos responsables de los males que pueblan el planeta. Es falso que el origen del desastre tenga que ser tan sólo culpa nuestra. En un principio, las cosas de este mundo no fueron tan hermosas y perfectas como Rousseau nos dice en sus delirios de esquizoide y lunánico poeta. La pueril invención de un buen salvaje gozando en la hermosura de la selva es una burda e insólita mentira. La realidad, la historia verdadera es que al principio reinaron la inquietud, el horror, la escasez y la tristeza. Los humanos de tiempos primitivos sobrevivieron haciéndose la guerra, forzados a matarse unos a otros para alargar un poco una existencia que fue breve, brutal, sin esperanza, infeliz, melancólica y enferma.

Los ejecutivos

*A*unque es probable que yerre en la palabra,
los llamo, en general, ejecutivos.
Puede que me equivoque al bautizarlos,
pero yo sé muy bien lo que me digo.
Con impecable traje de chaqueta
y flamante camisa van vestidos.
Zapatos a la moda sus pies calzan.
Lucen gruesas sortijas, reloj fino,
y todo lo que es propio del atuendo
de quienes han logrado hacerse ricos.
Son los reyes del gas y del petróleo,
los grandes financieros y políticos,
los magos de la Banca y de la Bolsa,
de la industria pesada los caudillos.
Acaso ni ellos mismos llevan cuenta
de los millones que tienen escondidos.
Esclavos del pecado de avaricia,
viven en un perpetuo desvarío,
obligados sin tregua ni descanso
a cumplir la sentencia de su vicio.
David Hume nos recuerda que el avaro
es siempre personaje seco y frío,
incapaz de gozar de los placeres
que alivian la existencia de los vivos,
haciendo de su vida triste cuita

que convierte su premio en su castigo.
Cuánta razón llevaba el escocés
al describir así a estos individuos,
gente tan repulsiva y tan imbécil
en todos los sentidos.

Momento catastrófico

*T*odo esfuerzo paréceme infecundo,
y cualquier ambición, disparatada
como un sueño estrambótico y absurdo.
El amor, mal sin cura, vil falacia,
error de toda edad, pecado sumo,
si no estuvieran locos los que aman.
El ansia de poder, pasión de eunucos.
La religión, oficio de beatas
que viven dedicadas a sus cultos
a sabiendas de estar equivocadas.
El afán de dinero, mal demonio
que atormenta los cuerpos y las almas.
La amistad, fantasía inexistente.
El arte, una quimera sin sustancia.
Tales son esta tarde mis ideas,
y vano me sería disfrazarlas.

Residencias de ancianos

Nada alegre hay que decir
de esas tristes residencias
donde viven nuestros prójimos
cuando la muerte se acerca.
Todo es allí sufrimiento,
todo es dolor y miseria.
Muchos, para respirar,
se sirven de una botella
que hace posible el acceso
del oxígeno a sus venas.
Hay también otros internos
víctimas de la ceguera.
Si se les permite andar,
es porque alguna asistente
los conduce de la mano
para evitar que se pierdan...
Pero quizá los que inspiran
más compasión y tristeza
son los pobres viejecitos
que andan mal de la cabeza.
Deliran constantemente,
ni ellos saben lo que piensan,
por qué ríen, por qué lloran,
por qué, de pronto, se ausentan
alejándose del mundo

que de verdad los rodea.
¿Quién querrá alargar los días
y acabar de esa manera?
Amarga senectud, inevitable
si la muerte demora su presencia
y nos deja vivir por mucho tiempo
en lugar de llevarnos tempranera.

Y del silencio

*E*l silencio es guerrero cuya espada
contra la turba hablante me defiende,
y un hosco batallar así se enciende
hiriendo la palabra con la nada.
Silencio fiel, amigo de una alada
insumisión que todo lo trasciende.
Silencio-potestad, silencio-duende,
inmune a la invasión y a la mirada.
Arrimado al silencio río y lloro,
bajo su protección todo lo gano.
El silencio me muestra su tesoro,
y a su reino me lleva de la mano.
Allí me entrega la verdad que adoro
como se adora el alma de un hermano.

Semblanza



Carlos Mellizo
© Foto cortesía Stephan Kroll

Carlos Mellizo no es nuevo en el oficio de escritor. Profesor Emérito Distinguido de Filosofía en la Universidad de Wyoming, y también docente de Literatura Española en la misma institución, forjó un estilo propio en su calidad de prosista de ficción: *Los Cocodrilos* (Madrid, Índice Editorial, 1970), *Historia de Sonia y otras historias* (Tempe, AZ, Editorial Bilingüe, 1987), *Una cuestión de tiempo* (Miami, FL, Ediciones Universal, 1991), *Un Americano en Madrid y otros amores difíciles* (Madrid, Editorial Noesis, 1997), *La lengua de Buka y otros casos singulares* (Ediciones Nuevo Espacio, 2004) y *Antes del descenso y otras palabras finales* (Greeley, CO, Leyenda Publishing House, 2004). Es también autor de numerosos ensayos, y traductor de obras canónicas de filosofía y teoría política, como *Leviatán* y *De Cive*, de Thomas Hobbes, *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*, de John Locke, *Teoría de la clase ociosa*, de Thorstein Veblen, *Investigación sobre los principios de la moral*, de David Hume y *Autobiografía*, de John Stuart Mill, entre otras. Carlos Mellizo es Miembro Correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. En el año 2013 le fue concedida por el Estado Español la Cruz Oficial de la Orden de Isabel la Católica en reconocimiento a su comportamiento extraordinario de carácter civil como profesor e investigador.

Este número diecisiete de la *Colección Pulso Herido* de las Ediciones
de la Academia Norteamericana de la Lengua Española
acabose de imprimir el día 29 de junio de 2018,
festividad de San Pedro y San Pablo,
en los talleres *The Country Press*,
Massachusetts,
Estados Unidos de América